

éste, que era el barón Mosés, contestaba que la revelaría su origen y la entregaría sus cuentas el día que se casara.

Para los criados del barón, Matilde era una muchacha que el barón había adoptado, y cuyo padre, que contaba entre sus amigos, había muerto arruinado.

Nadie sabía la verdad.

Físicamente, aquel enigma vivo atraía: bien formada, con la frente pequeña coronada de cabellos negros, cejas que se dibujaban vigorosamente, ojos vivos, nariz sensual y boca pequeña, cuyos rojos labios parecían echar sangre, presentaba un conjunto encantador.

Cuando sonreía, sus mejillas se adornaban con dos hoyuelos que parecían hechos para el beso.

Cuando se dirigió al castillo, sus reflexiones eran bien amargas.

Amaba con la locura de la juventud al objeto de su cariño; decía que la amaba, y sin embargo la abandonaba por mal entendidas consideraciones.

El hijo del barón Mosés, su compañero de la infancia, porque gracias á la protección del barón, ella formaba para todo el mundo parte de la familia, la anunciaba con una desenvoltura insultante su próximo matrimonio, y sus juramentos de eterna amistad no eran más que la excusa de su abandono y el medio de atenuar la violencia del golpe.

Esto pensaba, dolorida pero resignada, alejándose de aquel misterioso retiro

donde acababa de leer aquella carta, en el mismo sitio en que otras veces encontró otras ardientes y llenas de cariñosas protestas, cuando, al volver un sendero sintió que una mano se apoyaba en su hombro, y escuchó una voz que murmuraba:

—¡Matilde!

Era Jacobo Mosés, que la esperaba.

La joven levantó sus ojos llenos de ternura, y preguntó:

—¿Conque es cierto?

—Sí, por desgracia.

—¿Y nada has podido conseguir?

—Nada.

—¿Te casas?

—Dentro de algunas semanas.

—¿Todo está convenido?

—Todo. La señorita de Villedieu acaba de dar su consentimiento á mi padre.

—Y ¿qué va á ser de mí?

—Tú—dijo Jacobo Mosés con un acento de pasión que la hizo estremecer,—tú serás siempre la más amable y la más amada de las mujeres.

En aquel momento desembocaban en la gran explanada que se extendía delante de la terraza del castillo.

A alguna distancia se veía al barón Mosés, que paseaba hablando con calor á la señorita de Villedieu que le escuchaba muy emocionada.

Jacobo extendió la mano, y señalando á Elena, dijo:

—Esa será la reina; tú seguirás siendo

la favorita: me parece que llevas la parte mejor.

Ella vaciló un segundo, y al ver que su amante la envolvía en una ardiente mirada, dijo:

—¿Y él?

—¿Quién?

—Ya sabes... nuestro hijo.

—Es un bastardo de príncipe que ha de tener muchos envidiosos.

—¿No le abandonarás?

—¡Nunca! Es el sello de nuestra unión.

—¡Y, sin embargo, le sacrificas!—dijo Matilde tristemente.

—No temas nada; te amo siempre.

—¡Si siquiera fueras sincero! Ya ves, no tengo en el mundo más que á ti, ¡y es tan triste estar sola!

Se encontraban al lado de un macizo de tilos que los ocultaba á la vista de los huéspedes del castillo.

Jacobo Mosés rodeó con sus brazos el talle de su querida, la arqueó hacia atrás y acercó sus labios á los suyos.

Ella no se defendió. ¿Acaso no era suya en cuerpo y en alma?

Después, cogidos del brazo, continuaron su camino.

Diez segundos después apareció en aquel sitio un invitado que estaba oculto por el tronco de un corpulento castaño.

—El marido de una y el amante de otra—decía—no está mal la escena, ¡graciosa combinación!

Aquel testigo improvisado era el marqués Huberto de Caussedé.

La campana llamaba entonces por segunda y última vez para la comida.

La noche se acercaba rápidamente.

Los relojes de los pueblos próximos empezaban á dar las ocho.

Caussedé apresuró el paso.

El castillo de Plessis-Mortcerf lanzaba por todas las ventanas del piso bajo resplandores de incendio.

En el comedor, seis grandes arañas y multitud de mecheros de bronce dorado, adosados á las paredes lanzaban sobre la mesa deslumbrante los reflejos de sus mil luces.

La plata maciza de los fruteros y jarrones, el oro de los cubiertos, los inmensos ramos de flores exóticas, las orquideas semejantes á seres fantásticos y misteriosos, resplandecían por todas partes.

Aquello era el sueño de un príncipe, el derroche fastuoso de luces y riquezas, flores y brillantes, en una atmósfera de cocina succulenta, de trufas y vinos de exquisito aroma; era la orgía de la opulencia insensata elevada á sus últimos límites, una profusión de carne blanca y rosada en espaldas y hombros desnudos, senos palpitantes y formas estatuarias de gente holgazana y bien alimentada.

En un extremo, y ocultos de los convidados por tapices de púrpura y oro como en tiempo de los Césares de la decadencia numerosos músicos tocaban á la sordina

BIBLIOTECA DE LEON
BIBLIOTECA DE LEON

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

para no estorbar las conversaciones, valses lentos, adagios y andantes salpicados de frases amorosas.

Los israelitas son apasionados por los violines, como por todo lo que enerva y adormece sus nerviosidades hereditarias.

Cuando terminaba el festin, porque no puede llamarse decentemente comida á este banquete Sardanapalesco, en medio de los estampidos de las botellas de Champagne, el anfitrión amoratado bajo la máscara de histrión que cubría su rostro, la cabeza congestionada saliendo bruscamente del cuello almidonado que la sustentaba, hizo un signo con la mano para reclamar la atención y después de toser ligeramente como el orador que temple sus cuerdas bucales antes de empezar el discurso, pronunció esta pequeña declaración.

—Señoras y señores: tengo el honor y la alegría de anunciar á ustedes el próximo matrimonio de mi hijo, el barón Jacobo Mosés con la señorita Elena de Villedieu, hija única de mi excelente amigo, el marqués de Villedieu.

Esta corta alucución produjo efectos muy variados.

Los Natham, los Bich, los Samuel, los barones de Schulz, Streichy Stourch, los Kahn y los Kuhn, que abundaban, aplaudieron pero débilmente.

Sus mujeres les habian detenido con una significativa mirada.

Ellas hubieran deseado, y con ansia,

puede asegurarse, aquel buen partido que se escapaba, para sus hijas.

Por otra parte los duques, condes y marqueses apretaban los labios desaprobando aquella venta mediante la que Villedieu se libraba de su acreedor.

No había duda respecto á este punto y hay que observar que la mayor parte de los que estaban allí hubieran hecho de buen grado otro tanto, aun sin tener la excusa de la necesidad.

En suma, el sentimiento que dominaba era la envidia.

Algunas buenas almas compadecían á media voz á la futura baronesa Mosés; pero todavía más bajo la envidiaban.

Pasado el primer momento de estupor, las lenguas se desataron.

Entonces fué un concierto de felicitaciones, que se prolongó desde el comedor á los salones, donde todos se dirigieron, cantando alabanzas de los novios.

El barón se había eclipsado prudentemente.

En un momento de calma, Causседé se acercó á Elena, y la dijo distraídamente;

—¿Vés cuánta razón tenía? Estás causando la general envidia, y tendrás numerosos cortesanos, querida Elena.

Ella no contestó más que con un elocuente apretón de manos.

El joven decía la verdad.

La dominación por la riqueza, el poderío que presta, las envidias que suscita, deben ser muy dulces al corazón y adula-

magnífico sillón, invitando á Próspero á hacer lo mismo.

El normando obedeció y dijo:

—Estoy á las órdenes del señor barón.

—¿Marcha todo bien por allá?

—Perfectamente, que yo sepa.

—¿Has visto á Benedetta?

—Dos veces.

—¿Hace mucho tiempo?

—Ayer mismo. Tuve que ir á Saint-Beat con pretexto de comprar unos mármoles.

—¿Y te detuviste en Marignac?

—Con sumo placer.

—¿Dónde estaba?

—Como siempre, en su despacho.

—¿Con su hermana?

—No, completamente sola.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Profundamente triste. Sobre esto nó he podido engañarme. Tenía los ojos llenos de lágrimas... la voz quejumbrosa... una palidez encantadora.

El barón le escuchaba, y permaneció un momento silencioso, acariciándose la barba. De pronto dijo á su criado:

—¿Cuál es tu opinión?

—¿Sobre qué, señor barón?

—Sobre Benedetta.

—Pienso que está más encantadora que nunca.

—¿Y qué más?

—Desesperada, positivamente.

—¿Tú crees que ha hablado algo?

—Creo que no.

—¿Estás seguro de ello?

—Completamente, señor barón, y al mismo tiempo me sorprende bastante.

—¿Y su hermana?

—No sospecha nada.

—¿Y Dantenac?

—¿Quién, el guía?

—Sí, el guía: Juan Dantenac.

Próspero Lagrippe tuvo una sonrisa maliciosa.

—He tratado de averiguar su pensamiento. Precisamente en mi segunda visita á Marignac, ha sido él quien ha guiado mi carruaje.

—¡Ah!

—En el camino, sentado con él en el pescante para contemplar mejor el paisaje, le he preguntado con cierta sagacidad; no tengo reparo en alabarme.

—¿Y bién?

—El guapo mozo está en el paraíso. Su próximo matrimonio le hace perder la cabeza, y no para de elogiar á su futura con hiperbólicas alabanzas. Puedo asegurar al señor barón que no sabe una palabra. La muchacha ha debido quedarse muda. Y además, esas confesiones no las hace nunca una mujer delicada. Benedetta habrá imaginado seguramente una buena excusa para su ausencia demasiada larga.

El barón apoyando la cabeza en la mano derecha, se desenredaba la barba con los dedos.

—Es extraño—murmuró—pero muy natural; concluyamos.

—En conclusión, á mi me parece—de-

claró el normando—que esta desgraciada, por vergüenza, por pudor ó por astucia, no ha dicho á nadie nada de lo que la ha ocurrido.

—¿Ni á su hermana?

—Ni á su hermana.

—¿Ni á su novio?

—A su novio ménos que á nadie.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Todo. El señor barón puede estar tranquilo. Además, si ocurriera algo de nuevo, pronto nos avisarían.

—¿Cómo?

—El español Pedro Arros está encantado de la generosidad del señor barón... y en caso de necesidad él nos dirá todo lo que pueda interesarnos.

—Perfectamente, puedes retirarte.

A pesar de esta orden, el normando no se movió de su sitio.

Sin duda tenía algo más que decir y no se decidía.

El barón, distraído, cogió una pluma y se entretenía con ella, mientras su mirada vagaba por las vaporosas nubes que adornaban el techo.

De pronto se volvió hacia el normando.

—¿De modo que tú crees que el matrimonio se verificará.

—¿Qué matrimonio?—dijo Próspero.

—El de Benedetta con el guía.

El criado respondió con indiferencia:

—Sin duda.

—¿Y si yo me opongo?

—¿El señor barón piensa todavía en la pequeña?

—Más que nunca; ese matrimonio no se hará.

El señor barón tiene tiempo de pensarlo; estamos en setiembre y no debe tener lugar hasta la primavera. Para entonces puede el señor barón haber cambiado de pensamiento.

—¡No!

—Sin embargo, el señor barón no carece de distracciones...

El banquero interrumpió bruscamente á Lagrippe.

—Bueno, bueno,—dijo—ya veremos.

Y volvió á abismarse en sus meditaciones.

Si hubiera mirado á su criado hubiese visto en él un encogimiento de hombros harto desdeñoso.

El normando se decidía á retirarse, cuando el barón le llamó nuevamente.

—¿Tú conoces á Pedro Dantenac?—le dijo.

—El señor barón dice...

—Pedro Dantenac debe hallarse entre los invitados... por los salones.

—¿El señor barón le ha llamado?

—Para esta noche á las once.

—¡Ah!—dijo el criado con asombro.—

El señor barón me permitirá una pregunta: ¿Se trata del hermano del guía de quien hemos hablado hace un momento?

—Precisamente; me parece que no hay otro Dantenac en mis oficinas.